

PUBLICACIONES Cinema

Liliane Harvey
Y Agelby Gritsche
ene

50
CENTIMOS



Rosas Negras

ROSAS NEGRAS

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

INTERPRETADA POR

**LILIAN HARVEY
WILLY FRITSCH**

DIRIGIDA POR

PAUL MARTIN

PELICULA UFA, DISTRIBUIDA POR
ALIANZA CINEMATOGRAFICA ESPAÑOLA

ROSAS NEGRAS

CAPITULO I

En el siglo XVIII Rusia empezó a invadir Finlandia. Su propósito era convertirla en una simple provincia rusa. Pero no contaba con el temple heroico de los finlandeses, rebeldes a toda idea de sumisión a un país extranjero...

En el año 1900, Marina Feodorovna, la gran bailarina rusa, había sido contratada para dar una serie de representaciones en Helsingford, la ciudad finlandesa sometida al yugo ruso, que se había distinguido siempre por su ambiente revolucionario.

Rubia, frágil, exquisita, encantadoramente femenina, Marina bailaba una de sus danzas. Había dado una fiesta en su casa, en honor del príncipe Agaroff, compatriota suyo, Gobernador de la plaza sometida. Había terminado el banquete y ahora había querido obsequiar a sus invitados con las primicias de su arte.

Bailaba maravillosamente, ajena a todo lo que le rodeaba, con unción casi mística. Para Marina Feodorovna el baile era una religión, de la que ella era una de sus principales y más fervorosas sacerdotisas.

Terminó el baile y una salva de aplausos premió la actuación de Marina. Los invitados a la fiesta, hombres todos, oficiales del séquito del gobernador, se acercaron a la bailarina. Sus manos ávidas buscaron las manos finas y suaves de Marina para llevarlas a sus labios. La belleza y el arte de la Feodorovna le había conquistado múltiples adoradores. Dondequiera que fuese todos los hombres galantes se creían obligados a hacerle una corte rendida y entusiasta.

Pero el príncipe Agaroff fué el más afortunado de todos ellos porque fué el único que arrebatándola a la admiración de los demás logró conducirla hasta uno de los rin-

cencitos íntimos del salón y permanecer a solas con ella unos instantes. El tiempo suficiente para repetirle una vez más que la adoraba.

Marina escuchó sonriente las palabras del príncipe. Estaba acostumbrada a los homenajes de los hombres y a sus palabras de amor. Pero la admiración de Agaroff tan repetidamente expresada, la halagaba profundamente. No estaba enamorada de él, pero estimaba en su justo valor la devoción sincera de aquel hombre que por su posición y su rango habría podido aspirar a la conquista de las damas más encopetadas de la Corte.

Las insinuaciones del príncipe eran cada día más apremiantes. El inteligente juego de coquetería que hasta entonces había practicado Marina con éxito para mantener sus relaciones en un estado de semi-amistad, iba siendo cada vez más difícil. Pronto se vería obligada a darle una respuesta definitiva y clara y esto era lo que con su hábil instinto de mujer estaba procurando evitar.

—Marina Feodorovna — le dijo con expresión rendida e insinuante —. Es usted una mujer exquisita y una artista maravillosa. La admiración que siento por usted no se parece en nada a la que podría inspirarme una mujer bella. Es algo mucho más profundo. Le he hablado de mi amor repetidas veces y siempre ha rehuído usted una respuesta, escudándose tras de su cautivadora sonrisa, que es un encanto y a la vez un tormento para mí.

Se inclinó reverentemente y besó una y otra vez aquella mano pequeña y suave, que retenga prisionera entre las suyas.

Marina, ligeramente turbada, pero siempre sonriente, le amonestó con gesto amable:

—Es usted muy exigente, mi querido Agaroff. Usted sabe cuánto le aprecio y cuánto estimo su amistad.

—No es su amistad lo que yo quiero, sino su amor. Usted lo sabe y juega conmigo con una crueldad que no puedo reprocharle porque me encanta. Nunca me han interesado las conquistas fáciles. Las mujeres que se rinden a la primera insinuación de amor no merecen ser conquistadas. Soy buen guerrero y me gustan las plazas fuertes. Usted no me quiere ahora y me lo dice en forma muy delicada, que agradezco infinitamente. Pues bien, yo le demostraré que un hombre sabe ser constante algunas veces, cuando está verdaderamente interesado. Sabré esperar, esperar siempre.

—Entonces empiece por hacerlo ahora mismo — le in-

terrumpió ella sin dejar de sonreír gentilmente. —Permiteme que le deje... unos instantes tan sólo, no ponga usted esta cara de pocos amigos. El tiempo justo para cambiarme de traje y volver a su lado.

Agaroff la dejó marchar sin resistirse. Volvió al lado de sus compañeros, los oficiales de la guarnición, y Marina Feodorovna se encaminó a sus habitaciones situadas en el piso alto de la casa. Entró en su dormitorio, encendió la luz, y retrocedió asustada al ver perfilarse en el balcón la silueta de un hombre. Pero se tranquilizó inmediatamente al constatar que se trataba de un cosaco, quien, cuadrándose militarmente, declaró:

—Boris Siroff, cosaco de la guardia del Gobernador.

—¿Se puede saber qué ha venido a hacer a mis habitaciones?

—Hemos visto entrar aquí a un hombre que perseguimos. Se trata de un cabecilla rebelde finlandés.

—Me resisto a creer que haya podido entrar en mis habitaciones. Le ruego se retire — ordenó Marina Feodorovna. —Si quieren registrar la casa, empiecen por el piso bajo.

El cosaco se inclinó y salió de mala gana. Apenas había desaparecido, Marina vió, con el susto consiguiente, que acababa de obrar con precipitación excesiva. El cosaco tenía razón. En su habitación estaba escondido un hombre. Acababa de ver un brazo que salía a través de los cortinajes del balcón. Soltó un grito, y se disponía a pedir socorro, cuando el temido cabecilla salió de su escondite y poniendo un dedo en los labios la invitó a callarse. El susto de la bailarina no le impidió ver en seguida que el finlandés no tenía nada de terrible. Muy al contrario, se trataba de un hombre joven y apuesto, de ojos intensamente azules y cabello rubio, un tipo acabado de buen finlandés.

—¡No chille usted, por Dios! No pienso hacerle el menor daño. Tranquilícese; está usted temblando — fueron las primeras palabras de salutación del desconocido.

—Pero...

—Me llamo Alexis Collin, soy finlandés, como ha dicho el cosaco, y no me como a nadie.

—¿Por qué ha escogido usted mi habitación por escondite?

—No la he escogido. He subido por el balcón como un ladrón vulgar y me he introducido en la primera habitación que he encontrado.

En aquel momento se oyó la voz del ama de llaves de Marina, protestando indignada. El finlandés y la bailarina se miraron unos instantes en silencio, y en seguida, ella, haciendo un gesto de enojo, insinuó:

—Deben ser los cosacos que han entrado para registrar la casa. Escóndase usted detrás del cortinaje y espere. Voy a salir a su encuentro y trataré de impedir que registren mi habitación.

Salió del cuarto, y se detuvo unos instantes en lo alto de la escalinata. Estaba ligeramente pálida, pero serena, completamente dueña de sí. Sonrió al teniente que capitaneaba el grupo de los cosacos y preguntó con aire ingenuo:

—¿Qué desean ustedes, señores? Sean bienvenidos a casa de Marina Feodorovna.

—Señora, hemos visto entrar a un hombre a quien tenemos mucho interés en capturar. Usted tendrá que perdonarnos si registramos la casa.

—Entonces, empiecen ustedes por aquí.

Descendió rápidamente la escalera, corrió hacia el gran salón y lo abrió de par en par. Los invitados, al verla se levantaron y se acercaron a ella. El Gobernador fué el primero.

—Estos señores insisten en que en mi casa se ha escondido un hombre y pretenden registrarla.

—Sin duda debe haber algún error — terció el Gobernador al ver la expresión de desagrado que reflejaba el rostro de la bailarina. —Les ruego se retiren.

Los cosacos obedecieron la orden. El teniente, furioso, se volvió a uno de ellos preguntándole:

—Quisiera saber quién ha sido el idiota que ha dado la orden.

—Usted, mi teniente — repuso el otro sin inmutarse.

—Está bien. —De todos modos, que se queden dos hombres aquí de guardia, vigilando la casa. No estoy muy seguro de que el hombre que buscamos no se encuentre aquí escondido. Esta medida de precaución no puede prohibírnosla el Gobernador.

CAPITULO II

Ya se habían retirado todos los invitados a la fiesta. Agaroff había sido el último de todos, permaneciendo largo

rato con las manos de Marina entre las suyas, repitiéndola las mismas palabras de siempre, que esta vez la bailarina apenas escuchaba, deseosa de volver a su cuarto y ver qué se había hecho del «temible» finlandés. La fiel ama de llaves había empezado a apagar las luces del salón y se disponía a acudir al cuarto de su dueña, cuando ésta le dijo mientras se encaminaba a sus habitaciones:

—Puedes retirarte, Berta. Esta noche no te necesito.

Un instante después, la rusa y el finlandés, los dos grandes enemigos, se encontraban frente a frente. Pero no era aquél el momento propicio para demostrar su mutua enemistad. El hombro de Alexis Collin estaba sangrando. Había sido herido al huir de sus perseguidores, y hasta aquel momento no había podido hacer nada para curarse la herida. Se quitó la americana, mirando con renor a Marina, que, en lugar de ayudarle, se limitaba a contemplarlo en silencio, y retirando la camisa le mostró el hombro desnudo.

—Tráigame usted algo para lavármelo — ordenó con aire autoritario.

Como un autómata, fué Marina al cuarto de baño, y regresó un momento después con un frasco de colonia perfumada. El rudo finlandés la olió, haciendo una mueca de disgusto:

—No; esto no me conviene; prefiero...

Se detuvo al ver que su interlocutora se quedaba mortalmente pálida. Presintiendo lo que iba a ocurrir, alargó un brazo para sostenerla, pero era ya demasiado tarde. A la vista de la herida, Marina se había desmayado. Se inclinó sobre ella, la incorporó ligeramente valiéndose de su brazo sano, apoyó la gentil cabeza sobre sus rodillas.

—Bien, bien, — murmuró para sí. —Buena enfermera me ha dejado el destino.

Cogió la botella de colonia y la acercó a la nariz de Marina. Afortunadamente está volvió en sí inmediatamente. De lo contrario, habría sido capaz de hacerle beber aquel brevaje. Abrió los ojos y sólo entonces se fijó el finlandés en que eran muy grandes, intensamente azules y orlados con largas pestañas. Unos ojos hermosísimos, en una palabra.

—Me he desmayado — confesó ingenuamente Marina, apenas volvió en sí, mirando dulcemente al joven, como pidiéndole perdón por su momento de desfallecimiento.

—Ya me he dado cuenta de ello — repuso éste sonriendo.

Marina, ya repuesta enteramente, se dispuso a ayudarlo — «Puedo serle útil en algo? — inquirió.

— Sí, tráigame algo para vendarme la herida.

— ¿Para vendarse?

— Sí; para vendarme la herida. ¿Le parece a usted tan raro?

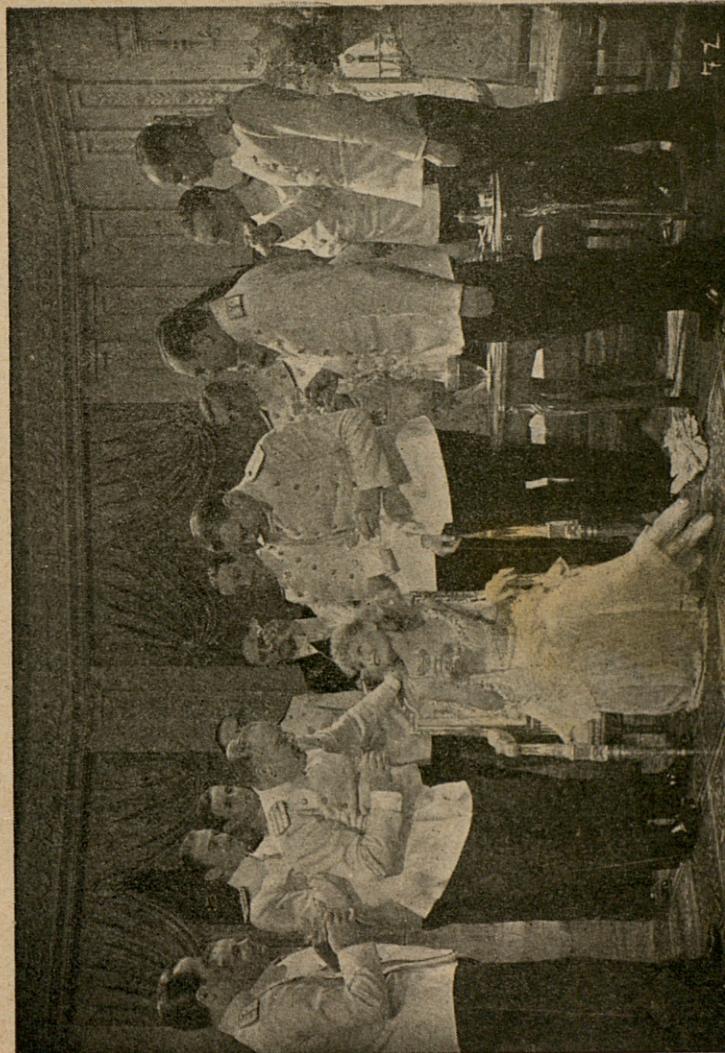
— Pero es que no tengo vendas...

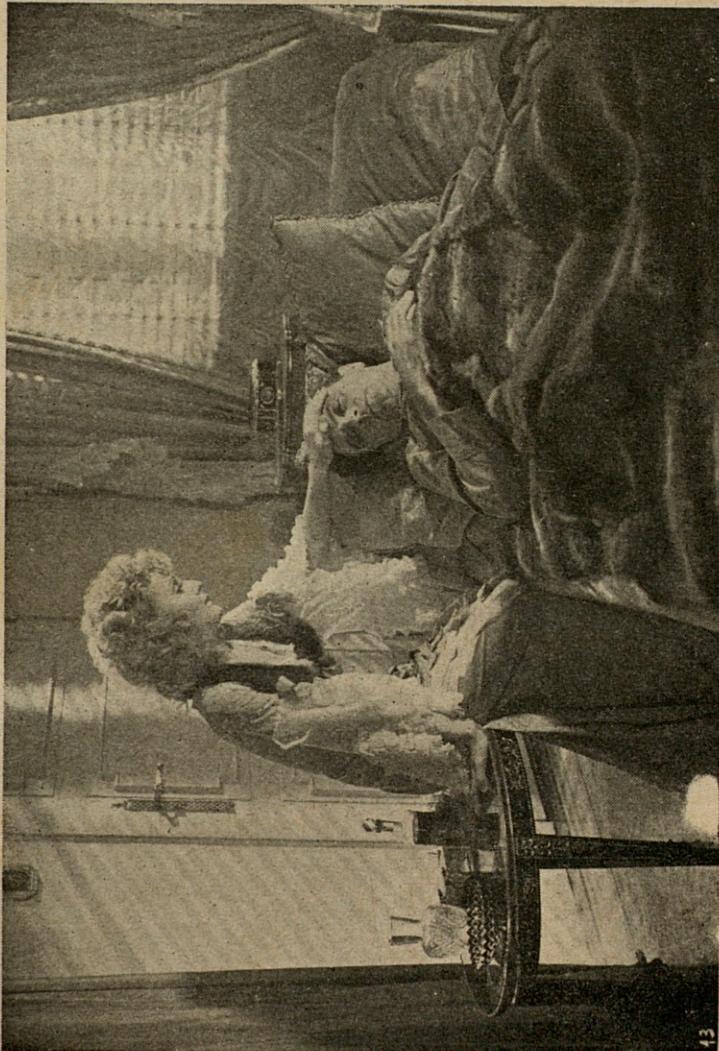
— Entonces tráigame un pañuelo, un pedazo de tela cualquiera, con tal que sea limpio.

Un instante después la joven le tendía unos pañuelitos bordados que eran un encanto, pero que no servían en absoluto para lo que él necesitaba. Pero como no había cosa mejor, decidió usarlos. Colocó la delicada prenda sobre la herida, pero ahora necesitaba algún pedazo de tela largo para enrollársela al hombro. Marina, siempre complaciente, lo llevó al armario donde guardaba su ropa blanca, y ante los ojos asombrados del finlandés aparecieron los juegos de ropa interior más turbadores que habría podido imaginarse. Sin darle importancia, la joven le mostró una hermosa camisa de dormir que era todo un poema. Antes de que Coll'n hubiese tenido tiempo de asombrarse, Marina, diligente y servicial, la había desgarrado e improvisado un vendaje. Todo esto sin abandonar su dulce sonrisa, mientras que el ingrato finlandés, en lugar de deponer sus rudos modales, parecía cada vez menos dispuesto a darse por enterado de la gentileza de la dueña de la casa, que un rato antes habría podido entregarlo tranquilamente a sus perseguidores, en lugar de mantenerlo oculto y esforzarse ahora para tenerlo contento.

No era cosa de pensar en salir aquella noche. Ambos coincidieron en lo mismo. Ciento que la casa tenía otra salida secreta que daba a un callejón, pero de todos modos era peligroso. Era de suponer que no sólo la puerta principal estaría vigilada, sino todo el palacio. No quedaba otro remedio que pasar la noche allí. En cuanto a trasladarse a otra habitación, resultaba también bastante expuesto. Los criados de Marina eran todos rusos, con la única excepción de su doncella particular, que era precisamente de origen finlandés. Los criados podrían verle y denunciarle.

Pronto quedó un lecho improvisado. Alexis se acostó sin desnudarse, y se dispuso a dormir sin casi tomarse la molestia de dar las buenas noches a su gentil protectora; pero la herida reciente, aunque leve, le producía fiebre y le impedía conciliar el sueño. Tampoco Marina podía





La reciente herida, aunque leve, le producía fiebre.

descansar tranquilamente como otras noches, que, fatigada por un día de ensayos, representaciones, fiestas, homenajes, se acostaba en su hermoso lecho y se quedaba profundamente dormida. La vecindad de aquel hombre extraño, casi un desconocido, y que sin embargo la interesaba profundamente, se lo impedía. Cansada de revolverse en su lecho, separó la cortina que la aislabía en cierto modo de su compañero forzoso, y se acercó a Alexis que se había adormilado, pero seguía agitado y febril. Instintivamente la joven alargó el brazo y colocó su mano sobre la ardorosa frente del herido, y éste, al sentir el contacto de aquella piel fresca y suave, suspiró profundamente, abrió un momento los ojos y volvió a cerrarlos en seguida. Un ratito después, dormía profundamente, mientras ella, temerosa de que volviera a inquietarse, no acertaba a dejarlo...

La única prenda que Alexis se había quitado para dormir era la americana. Marina se fijó en ella y vió que estaba ensangrentada. La cogió, se fué al cuarto de baño y la limpió concienzudamente. En uno de los bolsillos encontró un papel que dejó sin abrir en un rincón del lavabo. Cuando la prenda estuvo bien limpia y hubieron desaparecido las manchas delatoras, volvió al lado del herido...

CAPITULO III

Al día siguiente, cuando la doncella entró en la habitación de su ama para traerle el desayuno, se encontró con la sorpresa de que ésta no estaba en su lecho. Más aún, la cama intacta de la bailarina daba a entender que ésta no se había acostado todavía. Levantó la cortina y soltó un grito ahogado. Marina Feodorovna dormía tranquilamente, hundida en un gran sillón y junto a ella, tendido en la «cha'se-longue», había un hombre que dormía también profundamente. Discreta, como buena doncella de artista, Paula dió media vuelta, se acercó al lecho de Marina, lo deshizo un poco y se disponía a marchar en espera de un momento más propicio para entrar de nuevo en el cuarto de su ama, cuando ésta, que acababa de despertarse, vino a su encuentro.

—Buenos días, Paula, — le dijo en voz baja, muy baja, como si temiera despertar a alguno. —He dormido magníficamente.

—Me lo supongo — repuso la criada, con un leve dejo de ironía, hablando en el mismo tono que su ama.

—Oye, ¿por qué me hablas en voz baja, como si estuviéramos en misa?

—Porque la señorita ha empleado este tono al empezar a hablarme.

—Está bien. Mira, puedes retirarte; me serviré yo misma el desayuno.

Paula se retiró. Marina preparó el desayuno en una mesita muy coqueta y esperó que el finlandés se despertase. Este no tardó en hacerlo y después de pasear una mirada distraída por todo el cuarto, se creyó obligado a saludar con un gruñido a la dueña de todo aquello. Esta le devolvió el saludo con una de sus más encantadoras sonrisas. Alexis se levantó, se aseó ligeramente, tomó la americana, y al ir a ponérsela se dió cuenta de que le faltaba algo que sin duda alguna debía ser de gran importancia, porque poniendo cara fosca se acercó a Marina, la miró de hito en hito, como si quisiera fulminarla, y la increpó:

—Usted me ha robado un papel que había en este bolsillo. Devuélvamelo en seguida, o...

Antes de que tuviera tiempo de terminar su amenaza, ya Marina le había colocado el famoso papelito ante sus narices.

—Tome usted, hombre de Dios, no se sulfure. Aquí lo tiene usted. Ayer, al limpiar su americana, lo saqué sin darme cuenta.

—¿No lo habrá leído usted?

—No tengo la mala costumbre de enterarme de las cosas que no me interesan. Supongo será algún billetito amoroso.

—No, no. Es un documento muy importante. Si los tuyos se enterasen de su contenido, podría causar la muerte de mis mejores amigos. Sí, sí; no me mire usted con estos ojos de asombro. Ha dado usted hospitalidad a un rebelde finlandés que no acepta el yugo que queréis imponernos vosotros los rusos. Ya lo sabe usted. Ahora me permitirás...

—Ahora va a sentarse usted a mi lado, ante esta mesa que yo he preparado y desayunar conmigo.

Alexis no pudo menos de sonreír ligeramente, al ver la actitud conciliadora de su encantadora enemiga.

—Bueno — aceptó.

Comió con buen apetito, pero su ceño fruncido reveló a su compañera que seguía preocupado.

—Hace un momento le he visto sonreír por primera vez desde que nos hemos conocido, pero ahora vuelve usted a las andadas. ¿Por qué pone usted tan mala cara? ¿Acaso le sigue doliendo la herida?

—La herida no me duele absolutamente nada. Son otras preocupaciones mucho más hondas las que me impiden sonreírme como usted desea. A propósito, es preciso que salga de esta casa hoy mismo. Tengo algo muy importante que realizar.

—No voy a permitírselo. La guardia sigue apostada frente a mi casa. Deconfian de mí por lo visto. No se trata ya de usted, sino de mí misma. Imagínese lo que ocurriría si supieran que he sido encubridora de un agitador rebelde... ¿Por qué no confía a mí el encargo de realizar eso que tanto interés parece tener para usted? Yo puedo salir libremente y a cualquier hora.

—Es usted rusa, y mujer. Dos motivos para que desconfie.

—Soy una persona que desea ayudarle, y que tal vez comprende sus rebeldías, aunque no las comparta. Le ruego que tenga confianza en mí. Dígame a quién tengo que entregar este papel. Porque éste es el objeto de sus preocupaciones, ¿no es cierto?

—De veras, de veras sería usted capaz de ayudarme?

—No lo he hecho hasta ahora?

—Pues bien, ¿conoce usted el guardabosque del parque del castillo? ¿Le sería fácil llegar hasta allí?

—Facilísimo. Cada mañana doy un paseo a caballo. Debe usted el papel, hombre de Dios, y no desconfíe de mí ni por rusa ni por mujer, porque aunque sea ambas cosas, no tengo más que una sola palabra.

Una hora después, Marina Feodorovna se disponía a dar su acostumbrado paseo a caballo. Rogó a su lacayo que no la acompañase, porque deseaba ir sola, y pronto se encontró en el bosque del castillo, en cuyo extremo se hallaba la caseta del guardabosque a quien debía entregar el famoso papelito.

Hacía una mañana espléndida. Marina, llena de una extraordinaria alegría, que no sabía a qué atribuir, respiraba ávidamente el fresco aire matutino, contenta de sentir en su rostro la caricia del viento y del sol, que la compensaba de las largas horas que tendría que pasar luego bajo las luces de las candelas, en el estrecho marco del escenario, ensayando y bailando. Aquel paseo matutino era un sedante para sus nervios tensos por las emociones de la víspera.

Absorta en sus pensamientos, no se fijó en un jinete que se acercaba galopando. Sólo cuando lo tuvo a su lado, vió que se trataba del príncipe Ogaroff.

—Buenos días, Marina Feodorovna.

—Buenos días, príncipe. No esperaba encontrarle tan temprano.

—¿Cómo? ¿Se ha olvidado usted de nuestra cita? Ayer, al despedirnos, quedamos en encontrarnos aquí, a esta hora.

Marina se guardó muy mucho de decirle al príncipe que cuando se despidieron la noche anterior estaba demasiado preocupada pensando en el hombre que tenía escondido en su cuarto.

—Es cierto. Lo había olvidado. De todos modos me alegro, porque ha sido una sorpresa agradable. ¿Quiere usted que hagamos una apuesta? Dicen que soy buen jinete. Quisiera medir mis fuerzas con usted. A ver quién llega primero a la caseta del guardabosque.

Sabía Marina que el príncipe, siempre galante, se dejaría vencer fácilmente. Así sucedió, en efecto. Ambos jinetes pusieron sus caballos a galope, pero las manos del príncipe sujetaban las riendas de su caballo de manera que el noble animal no pudiera nunca pasar delante del de Marina. Esta fué pues la primera en llegar a la caseta, y cuando el guardabosque se le acercó para ayudarla a descender del caballo, le entregó rápidamente el papelito, diciéndole en voz baja:

—De parte de Alexis Collin.

Un instante después, sentada frente a una mesa bien repleta, sonreía galantemente a su admirador.

—Marina, es usted invencible. Me ha ganado en buena lid. Es tan maravillosa jinete como buena bailarina.

Comieron con buen apetito. Marina estaba muy alegre. El príncipe cada vez más rendido e insinuante. Ella se reía para sus adentros pensando en la juguete que le había gastado. No se detenía a pensar que estaba comprometiéndose seriamente al secundar los planes de un rebelde. Alexis le había interesado enormemente desde el primer momento. De temperamento fantástico y soñador, le gustaba todo aquello por lo que tenía de imprevisto y novedoso.

Cuando regresó a su casa, encontró al finlandés de mal talante. Por lo visto desconfiaba de ella y su tardanza había venido a colmar su inquietud. Fué preciso que le jurase y perjurase que había cumplido fielmente su encargo

para que se tranquilizara. Hasta llegó a sonreírse, y Marina, que hasta entonces le había visto siempre con el ceño fruncido, no pudo menos de advertírselo.

—Parece que sé va humanizando. Si encima de sonreírse tratase de hacer un esfuerzo para mostrarse menos grosero de lo que ha sido hasta ahora, se lo agradecería mucho.

Alexis se mordió los labios. Miró unos instantes con enojo a la bailarina, como si quisiera fulminarla. Esta sostuvo su mirada, tranquilamente, hasta que vió con íntimo regocijo, como las facciones de su terrible enemigo se iban dulcificando poco a poco hasta adquirir una expresión admirativa. El eterno femenino había triunfado. Alexis Collin, hombre al fin, empezaba a dejarse influenciar por la belleza y el encanto extraordinario que emanaba de la bailarina. Profundamente descontento al darse cuenta de su turbación y sobre todo, al ver que ella lo había advertido, murmuró:

—Es preciso que me vaya. Yo no puedo permanecer aquí indefinidamente.

—Espere al menos a que sea de noche. Ahora resultaría peligroso — insinuó Marina, que no tenía ningún deseo de dejarle marchar.

—Está bien; esperaré.

Había vuelto a la actitud hosca de antes. Marina le brindó un asiento a su lado, pero el joven, en lugar de aceptar, fué a sentarse lejos de ella. Así permanecieron largo rato, sentados frente a frente, los dos graves e inmóviles, en actitud ridículamente seria.

Había ido obscureciendo lentamente. Las sombras empezaron a invadir el dormitorio de Marina, haciéndolo más recogido, más íntimo. A medida que el tiempo transcurría, el semblante de ambos se ensombrecía también. El dulce rostro de la bailarina tenía una expresión casi dolorosa. Empezó a hablar lentamente, en voz baja, como si hablara consigo misma.

—Cuando usted se vaya me quedaré muy sola. En estas veinticuatro horas he vivido más que en toda mi vida anterior. Me era grato pensar que podía ser útil a otra persona, protegerla contra un peligro serio. Las horas me parecerán terriblemente largas y monótonas...

—Veo que es usted amante de las emociones fuertes. Me ha escondido usted por «sport», por probar una sensación nueva...

—Tal vez — repuso la bailarina con un dejo amargo.

Era noche cerrada. Había llegado el momento de decirse adiós. Alexis se levantó, se acercó a la bailarina, fué a tenderle la mano, en ademán de despedida, y de pronto, la cogió en sus brazos, y la besó. Luego, con voz ronca, le dijo:

—Muéstrenme ahora la salida secreta.

Salieron. Marina iba delante, andando rápidamente, casi corriendo, y Alexis detrás, pisándole los talones. Atravesaron grandes salones, descendieron la escalinata, pasaron el hall, llegaron a los sótanos, cruzaron largas y sombrías galerías, todo esto velozmente, sin decirse una sola palabra, sin mirarse, como si les corriera prisá llegar al final del trayecto y darse el adiós definitivo. Llegaron por fin al invernadero. El fuerte olor a flores exóticas llegó a su olfato.

—¡Qué horror! — comentó Alexis. —Casi no se puede respirar.

—Pronto estará usted en la calle y podrá respirar libremente.

Marina abrió la puerta del invernadero. Allí, frente a ellos estaba la verja que dentro de un momento iba a separarlos tal vez para siempre. Los ojos de Marina descubrieron una pareja de cosacos apostados allí, y se dijo en su fuero interno que la Providencia los había colocado en aquel lugar. Sin decir una sola palabra, se los mostró a Alexis, que también los había visto. Ambos se miraron largamente. La mano de Alexis cerró de nuevo la puerta del invernadero.

—Me quedo — murmuró. —Creo que es más peligroso quedarme... pero me quedo.

Y volvieron a desandar el camino, esta vez muy cogidos del brazo, para volver al refugio de Marina...

CAPITULO IV

Al día siguiente, ya muy entrada la mañana, Marina y Alexis desayunaban tranquilamente, en las habitaciones de la bailarina. Veinticuatro horas antes habían hecho lo mismo, pero entonces el finlandés miraba a su protectora como a una enemiga, desconfiando de ella, dispuesto a no dejarse seducir por sus encantadoras artes femeninas, mientras que ahora... El abismo que les separaba había sido salvado. No eran ya una rusa y un finlandés, la hija

del pueblo opresor y el hombre del pueblo oprimido; eran un hombre y una mujer, enamorados. Nunca los labios de la joven habían dicho «te amo» con tanta sinceridad y con tanto fervor como aquella noche.

Paula, la fiel doncella, discreta y comprensiva, les sirvió el desayuno. Acababan de llamar a la puerta, y Marina, deseosa de permanecer a solas con Alexis, le ordenó:

—Querida Paula, no estoy para nadie esta mañana

El incómodo visitante era el príncipe Agaroff. Venía con su asistente, el cual llegaba cargado con un paquete. Sin duda un presente para Marina Feodorovna. Al oír decir a Paula que la bailarina no estaba en casa, hizo un gesto de resignación.

—Está bien. ¿Dice usted que ha ido a ensayar al teatro? Iré a buscarla. Entretanto, voy a colocar este regalo en algún lugar de su habitación. Tengo la seguridad de que ella me lo permitiría...

Antes de que la pobre Paula, turbada y asustada pudiera impedirlo, había subido la escalera y había entrado en la habitación de la bailarina. Marina y Alexis, sorprendidos «in fraganti», se levantaron. El rostro impasible del Gobernador no se inmutó lo más mínimo. Sólo sus ojos expresivos se ensombrecieron ligeramente. Sereno, tranquilo, completamente dueño de sí mismo, se acercó a la pareja, besó galantemente la mano que ella le tenía y...

—Buenos días, Marina Feodorovna. Perdone mi indiscreta entrada en sus habitaciones. Paula acaba de decírmelo que usted había salido. Venía a traerle un regalo y deseaba colocarlo en su cuarto. Siento en el alma lo ocurrido y le ruego me perdone.

—No tengo nada que perdonarle, mi querido amigo — repuso Marina ya un poco más serena — Estaba desayunando con este señor que es mi profesor de música. Había dado orden de que no me molestaran precisamente porque me disponía a ensayar una nueva danza.

Corrió al piano, y sus dedos ágiles preludieron los primeros compases del célebre «Vals Triste», de Sibelius; luego, sus pies iniciaron unos pasos de danza. Toda aquella comedia era muy divertida y pareció convencer al príncipe, quien, con el aire más inocente del mundo, se volvió hacia Alexis:

—Profesor, ¿tiene usted la bondad de acompañar al piano a su gentil discípula? Me gustaría conocer las primicias de esta nueva danza, que no dudo ha de resultar maravillosa.

Alexis sonrió ligeramente, mientras que Marina, por el contrario, se turbó ¡y de qué manera! Sabía, porque él mismo se lo había dicho, que la profesión de Alexis era la de escultor. ¿Qué iba a hacer ahora si no sabía tocar el piano?

Pero el finlandés no había perdido la calma. Se acercó al instrumento, preludió los mismos compases que un momento antes había tocado Marina, y siguió tocando la pieza tranquilamente, sin mucha técnica, tal vez, pero con mucho sentimiento.

—No podían ustedes haber escogido música más a propósito para una danza — comentó el príncipe irónicamente.

—Sí, es una música muy hermosa... y profundamente triste. Es de un compositor finlandés. Expresa toda la tristeza íntima de nuestro pueblo.

—Ya vendrán días mejores, mi querido maestro — insinuó Agaroff.

—Así lo espero — repuso el otro intencionadamente.

El regalo que Agaroff había traído para Marina, era una deliciosa estatuña ecuestre. Una obra acabada de arte y buen gusto, digno de la persona a quien se pretendía obsequiar. Pero la bailarina, profundamente turbada, no estaba en aquel momento para apreciar la belleza del objeto.

—He escogido la estatuña de esta amazona en recuerdo de nuestro paseo de ayer. ¿No sabe usted, querido maestro, que nuestra bailarina es un jinete maravilloso? Ayer, sin ir más lejos, me venció en una carrera. Salimos juntos a caballo e hicimos una apuesta. Fué ella la primera en llegar a la casa del guardabosque.

Los ojos claros y expresivos de Alexis expresaron el más vivo asombro. Miró al príncipe, luego a Marina, y se mordió los labios. La bailarina, comprendiendo la sospecha que acababa de pasar por la mente de su amante, le miró a su vez con angustia. Hubo un momento de silencio embarazoso, que cortó Agaroff para decir, siempre con el mismo tonillo irónico:

—Me perdonará mi querida Marina que me lleve a su maestro contigo. Su rostro tiene huellas de cansancio, y yo, como amigo y compatriota, tengo el deber de velar por la salud de nuestra gentil artista. Todo Helsingfors está pendiente de Marina Feodorovna. Iré a aplaudirla esta noche, mi querida amiga.

Se inclinó galantemente y besó la mano de Marina.

Esta miraba fijamente a Alexis, quien, a su vez, la miraba también con expresión de rencor. ¡Sospechaba de ella! Pensaba qué lo había traicionado a él y a sus amigos! ¿No valía nada, entonces, la prueba de amor que acababa de darle? ¿Era posible que al llevarse a su amante consigo el príncipe Agaroff, lo separase para siempre de su lado? ¡No, no! Era necesario que volvieran a verse, que ella pudiera explicarse sinceramente ante él, decirle que no solamente no le había hecho traición, sino que estaba dispuesta a todo, ¡a todo! con tal de conservar su amor. Por primera vez en su vida, ella que había permanecido impasible a los homenajes de los hombres, se sentía humilde y pequeña, dispuesta a todos los sacrificios para tener a su amante.

Salieron el príncipe y Alexis. El primero, satisfecho y sonriente. El segundo, rabioso y hosco. Ambos, odiándose cordialmente. Subieron a la berlina del príncipe y apenas ésta había echado a andar, Agaroff se quitó la careta.

—Mi querido señor Collin. Permitame que le diga que no entiendo demasiado de música, pero sí lo suficiente para adivinar que usted toca muy mediocremente para ser un profesional. El embuste de Marina ha sido demasiado inocente para que yo pudiera creerlo. No guardo animosidad alguna contra usted ni quiero saber quién es, aunque me lo supongo, pero le agradeceré no vuelva a interponerse en mi camino. Es una advertencia que le ruego no eche en el olvido.

Hizo parar el carroaje e invitó con un gesto a su acompañante a que descendiese. Este no se hizo repetir la orden.

Una hora después Alexis se hallaba en su taller de escultor, acompañado de su amigo Paul, uno de los jurados. Hablaban de los sucesos acaecidos durante aquellas veinticuatro horas.

—¿Estás seguro de que Marina Feodorovna no te ha hecho traición?

—¡No sé, no sé...! Me resisto a creerlo. Me sería terriblemente doloroso tener que comprobarlo. Ella me dijo que no había leído el papel cuando me lo devolvió.

—Tuvo una noche entera para copiarlo. Si lo hizo así y lo ha entregado a nuestros enemigos, estamos perdidos.

—Pero, ¿por qué me habría mentido, entonces? No, no. Paul; no puedo creerlo.

—Ella es rusa, después de todo.

—Es cierto, es la más adorable de las mujeres, pero es una rusa. Pere, si tú supieras...

CAPITULO V

Aquella noche, el Teatro de la Opera de Helsingfords estaba lleno hasta rebosar. El arte no tiene fronteras y para los resentimientos finlandeses la nacionalidad de Marina Feodorovna no era obstáculo para que acudiesen a admirarla.

El espectáculo tocaba a su fin. La gracia alada de la bailarina se destacaba en el conjunto del baile «La Danza de las Horas», de Ponchiello. Terminó la danza y una salva de aplausos premió la labor de la primera bailarina. El Gobernador, en su palco, era el que con más entusiasmo celebraba el éxito de su gentil compatriota.

Terminado el espectáculo, Agaroff esperó pacientemente a que Marina, vestida ya con su traje de calle, se dispusiera a salir del teatro para acompañarla a su casa como otras noches.

La bailarina le acogió esta vez con muestras de un interés extraordinario. Parecía ansiosa de hallarse a solas con él. Le habló en voz baja...

—Despida usted a sus amigos y acompáñeme. Tengo muchos deseos de estar a solas con usted.

Agaroff sonrió satisfecho, interpretando aquella súplica de la bailarina como un principio de concesión a sus deseos. Hacía mucho tiempo que el príncipe, hombre frívolo en materia de amor, esperaba pacientemente una palabra, un gesto de Marina revelador de un sentimiento más hondo que el de pura amistad que le había otorgado hasta entonces. Agaroff estaba sinceramente interesado, o por lo menos, su capricho era esta vez más firme y duradero que las otras. Nunca se había mostrado tan sumiso y rendido a los encantos de una mujer. Marina Feodorovna, consciente del poder de atracción que ejercía sobre él, estaba decidida a ponerlo en práctica para el logro de sus deseos. Desde el momento en que Alexis había salido de su casa, estaba como loca. No dudaba de que el Gobernador le habría hecho detener y lo haría juzgar severamente. Rusia era cruel con los finlandeses que se atrevían a rebelarse. La noche anterior, ella, una rusa, no había podido resistir la voz de su corazón y se había dado en cuerpo y alma a un hombre que habría debido considerar como un enemigo. No se arrepentía de lo que había hecho, porque amaba a Alexis por encima de todo. Pero ahora sufria horriblemente pensando en la seguridad que podría correr su amado. Por esto quería estar a solas

con el Gobernador, el único que podía devolver a su alma la tranquilidad perdida.

Absorta en sus pensamientos, no se dió cuenta de que la aglomeración de gente que se agrupaba a su alrededor la había separado del príncipe. Así llegó hasta la puerta de la calle y una vez allí casi retrocedió asustada al ver la multitud que la aguardaba gritando y aplaudiendo con un entusiasmo inenarrable. Apenas había tenido tiempo de saludar agradeciendo aquel homenaje cuando se vió levantada en brazos por un grupo de jóvenes entusiastas y colocada en la berlina, a la que previamente le habían desenganchado los caballos. En seguida, el mismo grupo de jóvenes empezó a arrastrar el carro, gritando cada vez más, como poseídos de un ataque de locura. Marina se olvidó un momento de sus preocupaciones para saborear el placer del éxito, pero en seguida la imagen de Alexis volvió a ocupar su mente. ¿Qué habría sido de él? ¿Qué le diría al Gobernador para inducirle a ser benévolos con el joven finlandés? Entornó los ojos, fatigada por las emociones del día, y cuando volvió a abrirlas se encontró en un lugar desconocido, a las afueras de la ciudad. ¿Qué estaban haciendo aquellos jóvenes locos? ¿Adónde la llevaban, impelidos por su entusiasmo? Iba a protestar, cuando se dió cuenta de que los jóvenes que arrastraban el carro, y los que lo rodeaban se habían puesto repentinamente serios. Ya no gritaban, seguían su camino, pero su entusiasmo se había desvanecido por completo.

—¿Dónde me llevan ustedes? Este no es el camino de mi casa.

Pronto se dió cuenta de que la conducían a algún sitio previsto de antemano. Y cuando el carro se detuvo en una casa solitaria del arrabal, y uno de los jóvenes la cogió en brazos y la hizo entrar en ella a viva fuerza. Marina se convenció de que estaba siendo víctima de un secuestro. Un instante después era introducida en un salón, iluminado tan sólo por la luz de un potente reflector colocado en el centro de la estancia. La sombra de un hombre, apostado detrás del aparato, le habló:

—Siéntese en esta silla frente al reflector y conteste a las preguntas que voy a hacerle.

La iban a someter a un interrogatorio, empleando los mismos procedimientos que acostumbra a emplear la policía en casos semejantes.

—Alexis Collin ha sido nuestro amigo desde ayer. Por culpa de usted ha dejado de serlo. Nos ha hecho traición:

Usted lo sedujo y le obligó a descubrir los nombres de los conjurados. Sí, conspiramos para derrocar la tiranía rusa. El nos ha vendido, pero pagará cara su traición. Por culpa suya han sido detenidos nuestros amigos.

—No es cierto — gritó Marina tratando vanamente de descubrir el rostro de su acusador. —No es cierto, Alexis es inocente. Estás cometiendo con él una injusticia terrible. He sido yo, solamente yo la culpable. Yo le robé un papel que lei detenidamente y luego...

—¿Dice usted que leyó el papel?

—Sí — murmuró Marina con los ojos llenos de lágrimas. —Sí, fui yo; él es inocente.

Sus ojos cegados por la luz del reflector, se cerraron unos momentos. En seguida volvió a abrirlos y se encontró frente a frente a su interlocutor que la miraba con expresión benévola.

—Señora, puede usted retirarse si lo desea. Perdone la forma desconsiderada con que nos hemos conducido, pero era necesario para descubrir la verdad. Ahora sabemos que es usted inocente. Si la expresión de su rostro pudiera mentir, sus palabras nos habrían dicho la verdad. Usted se ha acusado para salvar a Alexis. Nada de lo que le hemos dicho es verdad. Ni él ni ninguno de nosotros está amenazado. Ha dicho usted que había leído la nota que sacó del bolsillo de Alexis. No puede ser verdad porque estaba escrita con clave.

Por Alexis mismo que salió en aquel momento y por los amigos de éste se enteró entonces Marina de que la gente la suponía amante del gobernador. El lujo con que vivía, el palacio que habitaba, las continuas visitas de éste, todo hacía sospechar.

—Yo no necesito de nadie para vivir como vivo. En cuanto al palacio, pago mi alquiler religiosamente.

—Estás en un error, Marina. Sabemos que Agaroff es el dueño del mismo y ha hecho jugar a un tercero la comedia del alquiler irrisorio que tú pagas. Adquirió el palacio con ánimo de regalártelo.

Un momento después, el Gobernador, que se había hecho conducir a casa de la bailarina y estaba ordenando la colocación de la mesa en la que pensaba cenar a solas con ella, un poco impaciente ya por la tardanza de Marina Feodorovna, se vió sorprendido por una llamada telefónica de ésta, y oyó la voz dulce de la joven que le decía:

—Señor Gobernador, ha jugado usted una carta falsa y ha perdido. Acabo de enterarme de que es usted el dueño

del palacio que habita y que le debía, sin saberlo, el placer de habitarlo. No volveré a él, porque yo no soy de estas mujeres que se venden.

Era cierto; Marina no volvería al palacio, ni tampoco al teatro al menos por una larga temporada. Ella y Alexis acababan de decidir que iban a dedicar su vida a adorarse y ambas cosas eran incompatibles...

Fueron a esconder su idilio en una casita modesta de las afueras de la ciudad, vigilados estrechamente, sin saberlo, por dos esbirros de la policía rusa, que se habían apostado en un piso de una casa de enfrente. Pero estaban tan absortos en su amor, que no se habrían dado cuenta de ello, ni les habría importado. Su vida se deslizaba pacíficamente, olvidados de todo lo que no fuera quererse. Aparentemente, por lo menos, Collin había dejado a un lado la política para dedicarse de lleno a su profesión de escultor, mientras que su fiel Marina había olvidado su arte de bailarina para dedicarse al mucho más prosaico y sustancioso arte culinario. Ciento que el estómago de Alexis se resentía un poco de la inexperience de la neófita, pero el amor era más fuerte que la inquietud que le producía la llegada del momento en que debería sentarse a la mesa y comer la carne dura o quemada, las patatas sin sal, el pollo asado enterito, tan enterito que no había sido abierto para sacarle nada de lo que tenía dentro... Alexis había tomado la buena costumbre de no comer los biftes inverosímiles que Marina Feodorovna le presentaba. Con la llegada del buen tiempo habían decidido comer en la terraza. Un farol de la calle que subía hasta allí era el recipiente de los pedazos de carne que Alexis depositaba en él subrepticiamente cuando Marina iba a la cocina en busca de otro manjar no menos «suculento». Hasta que un día, los «sabuesos» que el Gobernador había hecho apostar frente a la casa, fieles a su costumbre de sospechar de todo, lo vieron echando algo misterioso en el famoso farol y creyeron hallarse ante la prueba palpable de la conjuración que estaban dispuestos a hacer abortar. Jamás se han podido explicar por qué en lugar de un papel comprometedor encontraron tantos pedazos de carne.

CAPITULO VI

Y llegó la noche de San Juan. La antigua fiesta nacional de los finlandeses, que los rusos no se habían atrevido hasta ahora a prohibir, y que ellos celebraban cada año

con un fervor casi religioso. Marina y Alexis decidieron asistir a ella. Iban gozosos como dos chiquillos. Ella no había visto nunca aquella fiesta y su condición de rusa no le impedía gozar de toda su belleza. Finlandia era la patria de su querido Alexis y ella no podía odiar aquella íntima expresión de patriotismo de un pueblo oprimido.

En una gran explanada vecina al río, se había reunido el pueblo de Helsingfords para celebrar su fiesta. Era noche cerrada y las hogueras habían comenzado a encenderse. Pronto el campo entero fué como una hoguera inmensa. Las llamas devoradoras consumían los objetos amontonados pacientemente durante todo el día. Grandes lenguas de fuego se elevaban hacia el firmamento; crepitaban las llamas y alrededor de las hogueras, el pueblo, gozoso y entusiasta, saltaba y danzaba, olvidando un instante su triste destino. Era un espectáculo maravilloso y soberbio.

Entonces empezaron a formarse las parejas de enamorados deseosos de encomendar su futura suerte a la superstición legendaria según la cual la pareja que saltara sobre el fuego tenía su felicidad asegurada. Saltaban ágilmente, cogidos de la mano, riendo y gritando, celebrando su audacia. Algunas mujeres se chamuscaban ligeramente las faldas y su torpeza era un nuevo motivo de regocijo. Marina y Alexis no quisieron ser menos y saltaron también. Cada uno de ellos había expresado mentalmente el mismo deseo. Vivir siempre juntos, unidos por aquel amor tan grande y tan sincero, a través de todas las amarguras y vicisitudes que la vida quisiera depararles. Eran jóvenes, estaban profundamente y sinceramente enamorados. La vida se les aparecía bella y sonriente.

Pronto empezaron los cánticos populares. Eran canciones patrióticas que desde mucho tiempo les habían sido prohibidas y que ahora brotaban espontáneamente de labios de todos ellos, reunidos allí para celebrar su fiesta nacional. La dulce y nostálgica canción del pueblo finlandés se elevaba hacia el cielo, pidiendo al Altísimo la ansiada libertad que los hombres no querían concederle. Vejados y oprimidos, ponían su fe en el Señor y su esperanza en su bondad infinita, para que les iluminara en el camino de su vida y les ayudara a romper las cadenas que un país extraño había querido imponerles.

De pronto se oyó el galopar de jinetes que se acercaban. Pronto las hogueras encendidas permitieron ver un destacamento de cosacos, sable en alto, que se acercaban. Los finlandeses comprendieron en seguida lo que aquello signi-

ficaba. ¡La represión, la terrible represión rusa que se acercaba! Los cosacos, obedeciendo órdenes superiores, iban a echarse sobre la multitud indefensa para dispersarla. Corrió ésta alocada, gritando empavorecida, iniciando la desbandada. Hombres, mujeres y niños corrían de un lado a otro, presos del pánico más espantoso.

Y llegaron los terribles emissarios de la muerte, lanzándose sobre la multitud como un alud espantoso. Cargaron brutalmente sobre ella, sin reparar en nada, sin detenerse ante los gritos y súplicas del pueblo indefenso. Los cascos de los caballos pisoteaban los cuerpos de los caídos, mientras sus despiadados jinetes repartían sablazos, alcanzando a los que corrían para ponerse a salvo. Algunos se lanzaron al río, pensando encontrar un seguro refugio, pero hasta allá les persiguieron los esbirros, deseosos de sembrar la muerte por doquier...

Cuando las primeras luces del alba descendieron sobre la tierra, iluminaron un cuadro de desolación infinita. Montones de cadáveres destrozados yacían sobre el campo en el que unas horas antes reinaba la mayor alegría y animación. Las aguas del río se habían teñido también con sangre inocente.

Entre los pocos que habían salido milagrosamente con vida de aquella espantosa carnicería se encontraban Marina y Alexis. Ocultos entre unos zarzales del río habían presenciado la escena, mudos de espanto y de horror, sintiendo pasar cerca de ellos el halo de la muerte. Muchas de las enamoradas parejas que habían saltado las hogueras con la secreta esperanza de que aquel acto fuese como un augurio de felicidad futura, yacían ahora sin vida, con los cuerpos horriblemente destrozados, unidos ya para siempre en un mundo mejor.

CAPITULO VII

Pasó el tiempo. Helsingfords, después de la pesadilla de aquella noche de San Juan, había vuelto a recobrar su ritmo normal de ciudad industrial y pacífica. Nadie había intentado protestar en voz alta contra la cruelísima orden que tantas vidas había costado. Parecía que el pueblo se había resignado con su suerte, convencido de que todo intento de protesta no haría más que empeorarla. Era un síntoma digno de tenerse en cuenta el que la banda de mû-

sica rusa, que en otros tiempos tocaba sin auditorio, pues los honrados finlandeses que se agrupaban en la plaza se apresuraban a abandonar aquel lugar apenas veían asomar a los músicos, cerrando incluso sus tiendas y sus puestos de venta ambulantes, daba ahora sus conciertos, no diré ante un público numeroso, pero sí ante los concurrentes habituales, sin que su presencia iniciara la desbandada como antes.

Marina y Alexis, que habitaban una casita en la misma plaza, observaban aquella mañana el hecho extraño.

—Se han resignado — hizo observar él tristemente.
—Todo el mundo le tiene miedo a las represiones.

—No sé, no sé... Esta calma no me satisface. Hay algo ficticio en ella. No me extrañaría que se estuviera tramando algo — comentó Marina.

Miró fijamente a Alexis, como si quisiera sondear su alma, pero éste permaneció impasible. Se acercó a él y pasando su brazo alrededor del cuello de su amante, murmuró:

—¡Alexis, amor mío! ¿Por qué no quieres acompañarme a Estocolmo cuando vaya allí para cumplir mis compromisos con el Teatro de la Ópera? No sé qué daría para alejarte de Helsingfors.

—¡Tontina! — repuso Collin besándola. —Ya sabes que no tienes nada que temer. He renunciado definitivamente a la conspiración y a la política para entregarme de lleno a mis dos grandes amores. Tú y mi arte. Te pertenezco por entero y nada ni nadie logrará ser más fuerte que mi amor por tí, pero no quiero ir a Estocolmo. No quiero ser el amante de la bailarina famosa. Cuando tú hayas terminado tus compromisos artísticos, volverás aquí, a nuestro nido, hasta que te canses...

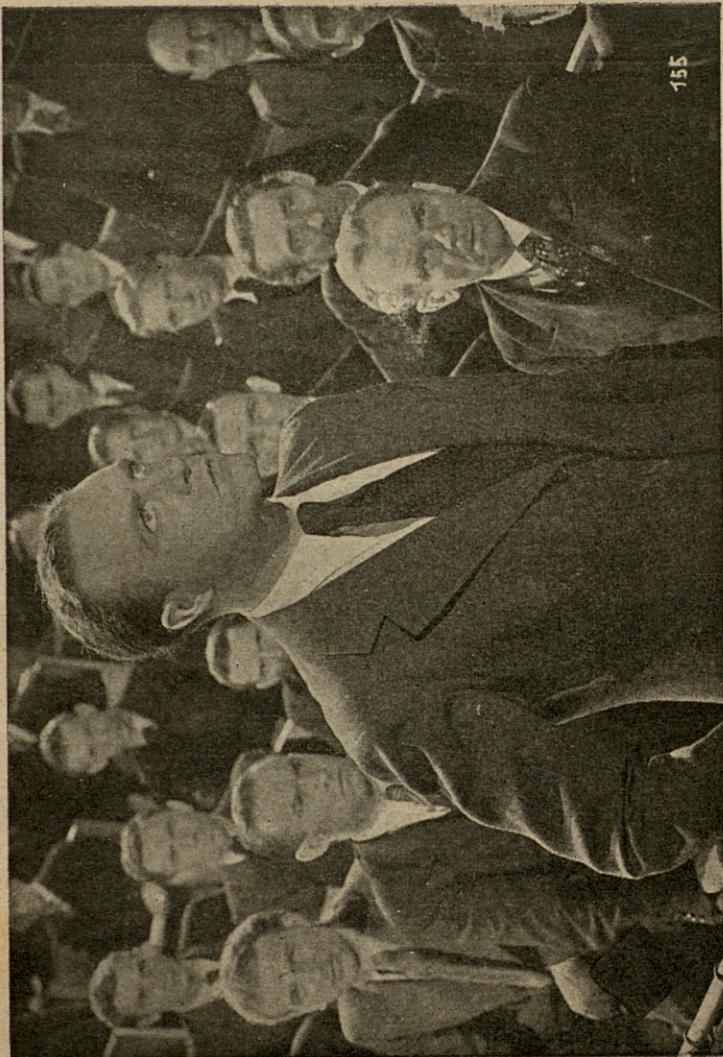
—Yo no me cansaré nunca de estar a tu lado, ¡nunca! Tú no sabes cómo te quiero, Alexis. No puedes figurártelo. Por tí sería capaz de todo. Pideme que abandone mi arte para siempre y lo hago.

—Yo no te pediré nunca eso, porque no tengo derecho. Y ahora, amor mío, déjame con mi modelo, que ha sonado el momento de empezar el trabajo.

El modelo de Alexis era un viejo lobo de mar. Entraron en el estudio del escultor y Marina se retiró discretamente a su feudo, que continuaba siendo la cocina. La exquisita bailarina iba aprendiendo poco a poco los secretos del arte culinario y su amante no debía recurrir ya al subterfugio



...la cogió en sus brazos y la besó ...



155

Príncipe Agaroff. Ha llegado el momento de que el pueblo finlandés hable cara a cara con su verdugo.

de esconder la carne dentro del farol para hacerle creer que se la había comido.

El escultor y su modelo quedaron solos. Este último se sentó frente al artista, que empezó a trabajar. Pronto se trataron en una conversación aparentemente intrascendente a juzgar por el aire de indiferencia que adoptaron ambos; pero el que hubiese estado a su lado para escucharlos habría descubierto pronto que era todo lo contrario. Decía el escultor al viejo lobo de mar, mientras seguía modelando:

—¿Qué noticias me traes, José? ¿Has visto hoy a nuestros amigos?

—Sí; todo está preparado para dar el golpe. Esta noche asistirá el Gobernador al espectáculo de la Ópera y entonces...

Se callaron ambos al ver que Marina acababa de entrar en el estudio trayendo una bandeja con el desayuno de Alexis. La dejó encima de una mesa y volvió a salir inmediatamente, pero en lugar de irse de nuevo a la cocina, se quedó escuchando detrás de la puerta, no por curiosidad frenética, sino presa de verdadero pánico. Había oído las palabras que se habían cruzado entre el escultor y su modelo y acababa de comprender que su amado estaba comprometido en un complot. ¡Dios Santo! Aquello que ella había querido evitar a toda costa, se convertía en un hecho palpable. Con el corazón oprimido, siguió escuchando la conversación de los dos conjurados y se enteró de que el pretendido lobo de mar no era otro que el ujier que aquella noche guardaría la entrada del palco del príncipe Gobernador; que un número crecidísimo de entradas había sido adquirido por los jóvenes finlandeses revolucionarios, y que todos ellos estaban dispuestos a todo, incluso a asesinar al gobernador si éste se negaba a firmar la renuncia de su cargo. Los efectos de la terrible represión ordenada por Agaroff empezaban a dejarse sentir.

Los que no se enteraron de nada fueron los dos policías, que seguían habitando la casa de enfrente, encargados de vigilar los pasos de la enamorada pareja para informar de ello al Gobernador. Hacía días que veían llegar al pacífico modelo del escultor, y presenciaban la cotidiana sesión de pose, sin que jamás se les hubiera ocurrido sospechar de ellos. Y es que los policías a quienes Agaroff había confiado tan delicada misión, eran de una candidez paradisiaca. Además, después de haber descubierto los pedazos de carne escondidos en el farol en lugar de los do-

cumentos comprometedores que ellos creían encontrar, no podían creer que Alexis fuera otra cosa que un pobre enamorado.

CAPITULO VIII

Aquella noche se estrenaba el baile inspirado en el célebre «Vals Triste» de Sibelius. Marina había vuelto a reanudar sus representaciones en el Teatro de la Ópera, después de un breve lapso de tiempo dedicado por entero a su amor. Cada noche abandonaba no sin pena su pequeño nido en el que vivía sola con su Alexis, sin doncellas ni criados inoportunos, para ir al teatro, dar su recital de baile y volver corriendo a los brazos del escultor, que raras veces asistía a las representaciones teatrales. Esta noche, sin embargo, había prometido su asistencia y Marina, que sabía el motivo, habría preferido mil veces que permaneciera en casa como otras noches, porque sabía el complot que se estaba tramando. Alexis le había dicho que pensaba irse al día siguiente a Estocolmo y esto, unido a todo lo que había oído antes, le daba la medida de la desgracia que la amenazaba. Ahora no le cabía duda de que Alexis era el encargado de la parte más difícil del complot y que si éste fracasaba, sería el primer culpable. Por eso se le había preparado la huida a Estocolmo. Todo había sido decidido de antemano. ¿Quéería de ellos? ¿Quéería de su amor? Presentía algo terrible, algo que no podía figurarse sin estremecerse. Y no poder hacer nada para remediarlo! Tener que asistir al teatro, bailar ante un público que por primera vez en su vida no tendría en cuenta su arte. Un público de jóvenes cegados por la pasión, dispuestos a llegar hasta el crimen... Si, se trataba de ir contra Agaroff, abiertamente, brutalmente, si era necesario. Los conjurados habían pronunciado su sentencia y estaban dispuestos a cumplirla. Marina se acordaba de la horrible noche de San Juan, de las brutalidades de que fueron víctimas centenares de seres inocentes, comprendía las razones de su Alexis y de sus amigos de conjura, pero temía por su vida y también, ¿por qué no decirlo?, por la del Gobernador. Agaroff se había portado bien con ella. Había sido siempre su amigo. Había tenido en sus manos la vida o por lo menos la libertad de Alexis y había respetado ambas cosas. A su gesto magnánimo debía ahora su feli-

cidad presente No, no, ella como rusa y como mujer no podía tampoco consentir que fuese alevosamente asesinado. ¡Pobre Marina! En su alma se libraba una lucha terrible. Salió de ella con los nervios destrozados, preguntándose si podría bailar, si podría salir al público con aquel dolor lacrante en su corazón...

Y fué precisamente por eso, por el gran dolor que se había abatido sobre ella, por lo que Marina bailó aquella noche mejor que nunca, poniendo en cada paso de su danza, en cada ritmo, un poco de su alma. Jamás se había sentido tan identificada con el espíritu de la danza que estaba interpretando. El «Vals Triste» de Sibelius había encontrado en ella su mejor intérprete.

Cayó el telón, terminando la primera parte del baile. Marina, con los nervios rotos, destrozados, se dejó vestir por su doncella. Su cabeza era como un torbellino. Se oprimía las sienes, cerraba los ojos para ver mejor lo que pasaba por su interior. De pronto se levantó. Abrió la puerta de su camerino, corrió hacia el escenario y miró por el agujero practicado en el telón, el interior de la sala de espectáculos. Pronto sus ojos ávidos descubrieron a Alexis sentado en una de las primeras filas de butacas. A su lado estaban sus amigos finlandeses, y también los había detrás de él, delante, en fin, en todas las filas de la sala. El complot estaba bien preparado. El rostro de su Alexis estaba pálido, pero sereno. Marina conocía su temple y sabía que llegado el momento sabría inmolarse tranquila mente, en aras de su ideal. Desvió la mirada del rostro querido y fijó sus ojos en el palco del Gobernador. Allí estaba Agaroff, sonriente y atildado, como siempre, con los oficiales de su séquito.

Sin saber lo que hacía obedeciendo a un impulso más fuerte que su voluntad, abandonó el escenario, invadido por los tramoyistas que estaban preparando la segunda parte del espectáculo, y corrió pasillo adelante, hacia el palco del príncipe. Este, al verla entrar, se precipitó a su encuentro, con grandes exclamaciones de alegría. Desde la noche en que Marina había sido raptada por los finlandeses amigos de Alexis, la bailarina y su adorador no habían vuelto a verse. Agaroff besó fervorosamente la mano temblorosa de Marina, pero no tuvo tiempo de preguntarle el motivo de su turbación porque ésta le dijo precipitadamente:

—Príncipe, os ruego salgáis inmediatamente del teatro. Un grave peligro os amenaza. No puedo deciros más, pero

os ruego atendáis mis consejos. Salid, salid antes de que sea demasiado tarde...

El traspunte acababa de descubrir a Marina en el cuarto del Gobernador y venía a avisarla de que había llegado el momento de entrar en escena. Pero Marina no le escuchaba, atenta sólo a convencer al Gobernador de que saliera de allí sin pérdida de momento. El buen hombre, encargado de la misión de hacer que los artistas entren siempre en escena en el momento debido, cogió a Marina y la llevó, casi podría decirse, que la lanzó a la escena.

Las piernas de la bailarina se negaban a sostenerla, pero la artista se sobrepuso a la mujer y apenas entró en contacto con el público, sus pies obedientes empezaron a trenzar los primeros pasos de la danza... Sus ojos ávidos iban de Alexis al palco del Gobernador, que por cierto no estaba en él y del palco del Gobernador a Alexis.

De pronto el príncipe Agaroff apareció de nuevo. Pasó una mirada distraída por la sala, se detuvo un momento a contemplar a Alexis sin que su rostro revelara la más pequeña alteración. Sólo sus labios sonrieron casi imperceptiblemente. Luego, volvió su mirada hacia el escenario y pareció abstraerse en la suprema belleza de la danza.

Pero he aquí que una voz estridente ha roto el silencio de la sala. Es la voz juvenil de Alexis; plena de violencia y de ira. Grita el nombre odiado por todo Helsingfords, el nombre del príncipe Agaroff. Se suspende el espectáculo. El director del teatro da orden de que baje el telón. Las bailarinas del conjunto chillan asustadas, mientras que Marina, intensamente pálida y temblorosa, permanece en el centro del escenario hasta que los brazos vigorosos del primer bailarín la cogen en volandas, como si estuvieran haciendo un paso de baile, y la conducen a su camerino.

En la sala sigue oyéndose la voz clara y potente de Alexis dirigéndose al Gobernador:

—Príncipe Agaroff. Ha llegado el momento de que el pueblo finlandés hable cara a cara con su verdugo. Durante años y años hemos venido sufriendo el odiado yugo extranjero. Habéis querido someternos con toda clase de brutalidades, sin que hasta ahora hayáis logrado hacer de nuestro pueblo un esclavo. Pero vuestro gobierno ha colmado la medida. Entre todos los verdugos que vuestro país ha mandado a Finlandia para someterla, vos habéis sido el más cruel y el más brutal de todos. ¡Basta ya, basta ya! Si Rusia no quiere destituirnos, os destituiremos nosotros.

Es inútil que intentéis resistiros. Todas las salidas del teatro están tomadas. Somos seiscientos hombres dispuestos a morir matando si intentáis someternos por la violencia. Antes de que tengáis tiempo de pedir que vengan en vuestra auxilio, ya os habréis ido a hacer compañía al diablo.

Agaroff no se movió ni hizo un solo gesto. La calma de aquel hombre que sabía estaba jugando con la muerte, era verdaderamente admirable. Su impenetrable alma de eslavo chocaba con la exaltada de Alexis, pálido y nervioso, con los azules ojos brillantes por el furor contenido. El palco del Gobernador había sido tomado por asalto por los jóvenes finlandeses conjurados. Agaroff estaba virtualmente prisionero. No le quedaba otro remedio que firmar el papel que éstos le tendían, en el que estaba escrita su renuncia. ¡Que se fuera enhoramala era lo primero que deseaban los finlandeses! ¡Que se fuera el verdugo de la noche de San Juan, y entonces Rusia empezaría a comprender el resurgimiento del nacionalismo finlandés, y tal vez se decidiría a ser más humana con el pueblo sometido.

Pero Agaroff no firmaba. Miraba el papel que sus enemigos habían colocado ante sus ojos. Lo miraba con el mismo aire distraído con que habría podido mirar el programa del espectáculo. Tanta serenidad desconcertaba un poco a los finlandeses. Pero allí estaba Alexis para recordarle que habían organizado aquel complot no para permanecer largo rato en espera de que él se decidiera, sino para dictarle órdenes inapelables.

—Firmad, príncipe Agaroff, firmad si en algo estimáis vuestra vida...

En aquel momento volvió a levantarse la cortina del escenario... y un grito, un grito de espanto y de terror salió de la garganta de los espectadores ajenos al complot, que habían acudido aquella noche a aplaudir a su artista favorita, ignorantes del papel que les haría jugar el destino. En el escenario, en el lugar en donde unos momentos antes danzaban las bailarinas, aparecieron los temidos cosacos, vestidos con sus trajes típicos, avanzando militarmente, en tres filas que iban de un extremo a otro de la escena, con los fusiles al hombro. Llegaron al límite que separaba ésta de los espectadores y se detuvieron esperando órdenes. Al mismo tiempo, un grupo de cosacos irrumpía violentamente en el palco del príncipe y se lanzaba sobre los finlandeses, que se vieron sorprendidos y prisioneros antes de que pudieran defenderse.

Ahora fué Agaroff el que habló y su voz fuerte y potente dominó la de los demás.

—El complot estaba muy bien tramado, y siento que haya sido un fracaso. Entregaros; entrégatelo tú Alexis, si quieres evitar un mal mayor. Si intentáis resistiros...

Los cosacos que ocupaban el escenario terminaron la frase que Agaroff dejó inacabada, apuntando con sus fusiles a la multitud indefensa. Una orden de disparar y la represión de la noche de San Juan volvería a repetirse. Cientos de víctimas inocentes pagaría el precio que Rusia exigía por el complot abortado. Alexis y los suyos estaban dispuestos a morir, pero no podían arrastrar en su sacrificio aquella multitud empavorecida que gritaba pidiendo clemencia. El horror de la noche trágica apareció claramente ante los ojos de Alexis y decidió inmolarse.

El escultor y sus amigos fueron hechos prisioneros. Los cosacos se retiraron ordenadamente y el público que había asistido al espectáculo como simple espectador, pudo regresar a su casa. Allá en el camerino, Marina, presa de desesperación, lloraba amargamente.

EPILOGO

Las horas que siguieron a la detención de Alexis fueron para Marina Feodorovna de mortal ansiedad. Sus ojos, antes tan bellos, estaban ahora enrojecidos por las lágrimas. No había sosiego para ella. Echada de brúces sobre la cama, pasaba horas enteras llorando a gritos, sollozando desesperadamente, llamando a su Alexis. Su cabeza era un caos, en el que sólo flotaba una idea. Ignorata la suerte que correrían los amigos de Alexis, pero en cuanto a éste sabía que como cabecilla del complot sería indefectiblemente juzgado y condenado a la última pena o enviado a Siberia. ¡Muerto su Alexis, muerto por su culpa!... ¡Ah! Si esto llegaba a ocurrir, ella moriría también. No quería sobrevivir al amado, al único hombre que había querido...

Cuando la fiel Paula le comunicó que el Gobernador deseaba verla, se levantó como movida por un resorte. Se acercó al tocador; enjugó su llanto y ocultó con los afeites los estragos que en aquellas veinticuatro horas de desesperación había causado en su rostro. Un instante después Agaroff aparecía ante ella, sonriente y galante como si nada hubiese ocurrido. También ella parecía haber reco-

brado por entero la calma. Su admirable instinto de mujer la iba conduciendo por el único camino que podría llevarla a la salvación del amado.

Cuando Agaroff salió de casa de la bailarina, después de una hora de tierno conciliáculo, ésta había logrado arrancarle la promesa de que Alexis no sufriría las consecuencias de su falta al menos en la extensión que ella merecía. En una palabra, Alexis no sería condenado a muerte. Un barco que saldría al día siguiente de Helsingfords se lo llevaría prisionero, no a Siberia, como habría sido fácil suponer, ya que allí se enviaban los indultados de la última pena, sino a un puerto extranjero, en donde se lo dejaría en libertad a cambio de no volver más a su patria. El príncipe Agaroff se lo había prometido solemnemente a Marina y no tenía más que una palabra. El cumpliría su compromiso, pero, ¿a cambio de qué?

A cambio del más grande sacrificio que puede hacer una mujer enamorada. A cambio de renunciar a su amor para ceder a los requerimientos de un hombre al que no se podrá amar nunca. El príncipe Agaroff exigía el sacrificio. Su sueño de tener por amante a la bella y famosa bailarina se iba a convertir en realidad. ¡Qué le importaba a él que le ofreciese un corazón destrozado si lo único que él codiciaba era su belleza, el encanto de exquisita feminidad que la hacía irresistible!

También Marina había prometido y tampoco ella tenía más que una palabra. Cuando Alexis estuviera a salvo, ella volvería al palacio que abandonara un día para ir a vivir su idilio y el príncipe Agaroff entraría en él como dueño y señor de todo lo que había dentro.

Al día siguiente por la mañana el barco que debía conducir a Alexis, estaba atracado en el puerto, dispuesto a zarpar. La villa de Helsingfords empezaba a despertarse. ¡Nunca más, nunca más verían los ojos de Alexis aquel rincón bendito de la tierra que le viera nacer!

Menuda, pálida, enfundada en un abrigo de pieles, tocada su cabecita por un gorro insignificante, Marina acudió al puerto. Sus ojos llenos de lágrimas divisaron confusamente el barco. Se acercó y preguntó tímidamente por Alexis. No la dejaron entrar, pero la dijeron que esperase. Un momento después su amante aparecía en la cubierta del buque. La entrevista fué breve y melancólica. En el pecho de Marina anidaba todavía la esperanza. Si Alexis era puesto en libertad en el extranjero, ella podría ir a reunírsele. Hablaron en voz baja y contenida, pero los la-

bios de Alexis no pronunciaban las palabras de amor que ella habría querido oírle. Parecía obsesionado por una sola idea: la de descubrir a la persona que había hecho fracasar el complot. Sí, sí. No cabía duda de que habían sido denunciados. Había habido un traidor. ¡Ah! si él hubiese podido conocerle. ¡Con qué placer le habría dado muerte...!

Las frases rencorosas de Alexis iban cayendo gota a gota, como un veneno, en el corazón de la pobre Marina. Repetía las palabras de amor pero sabía que no encontraban eco en el alma de Alexis, invadida por un deseo único. Ella se obstinaba en hablarle de una felicidad futura los dos juntos, en un país extranjero; pero él pensaba tan sólo en su patria, en sus amigos traicionados, en su propio destino de exiliado...

—¿Nos veremos en Estocolmo? Podríamos reunirnos allá. Alexis, amor mío...

Un policía se acercó a Alexis y quitándole las esposas le notificó lo que Marina ya sabía, es decir, que sería puesto en libertad en el primer puerto extranjero. El joven pareció sospechar y miró a Marina quien, sin poder resistir la expresión inquisidora de los ojos del amado, bajó los suyos avergonzada. Al cabo de un momento volvió a insistir humildemente:

—Si voy a Estocolmo, ¿querrás venir a reunirte conmigo? Podemos todavía ser felices. Dime que volveremos a vernos, que esta despedida no ha de ser eterna.

El barco empezó a levar anclas y se alejó lentamente. Marina fué empequeñeciéndose poco a poco, borrándose casi entre la bruma del amanecer. Pero Alexis no miraba a la mujer a quien había amado y tal vez seguía amando con toda su alma. Sus ojos estaban fijos en la bandera rusa colocada en el mástil del buque. Mentalmente, con los ojos del alma, veía ondear otra, la bandera bienamada por la que estaba decidido a luchar y a morir. La bandera de su Patria...

Allá en el puerto quedaba Marina Feodorovna, imagen viva y eloquente del amor dolorido, esperando vanamente un gesto de adiós...

FIN

— 32 —

Editadas

- * Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Tailor e Irene Dunne
- * — 2. *El desfiladero perdido*, por Buck Jones
- * — 3. *El gran impostor*, por Edmund Love
- * — 4. *La vida de la Roheme*, por Martha Eggert, Jan Kiepura
- * — 5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers
- * — 6. *Cuando volvamos a amarmos*, por Margaret Sullavan
- 7. *El tigre de Esnapur*, por La Jana
- 8. *La tumba india* por La Jana
- 9. *Muñecas infernales*, por Lionel Barrymore
- 10. *El cantante de Viena*, por Jan Kiepura
- 11. *Juventudes rivales*, por Charles Farrell y June Martel
- 12. *La marca de Caín*, por Noah Beery (hijo), Jean Rogers
- 13. *Una chica de provincias*, Janet Gaynor y Robert Taylor
- 14. *Siete bofetadas*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch
- 15. *El Capitán Costali*, por Olga Tschechowa, Karl Diehl
- 16. *Morir con honor*, por Buck Jones y Edward Keene
- 17. *Baile en el Metropol*, por Heinrich George y Viktoria von Ballasko.
- 18. *El poder invisible*, por Boris Karloff y Bela Lugosi
- 19. *El Rapto*, por Gustav Fröhlich y Walt Janssen
- 20. *Exterminio*, por Buck Jones

* Agotadas

En preparación

- La Excéntrica*, por May Robson
- Caballería ligera*, por Marika Rökk y Fritz Kampera
- Jaque al Rey*, por Myrna Loy y Spencer Tracy

PUBLICACIONES CINEMA

Domicilio provisional :
PASEO SAN JUAN, 91
BARCELONA



N.º 21